

"Aquí está Dios;" la dijeron,
Y ella dijo: "yo le adoro."
"Aquí está el torno y el coro."
Y pensó: "No hay mas allá."
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis Abriles
Sin conocerlo quizá.

¡Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida!
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á lo lejos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor....
Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se despertó su afán.
Su corazón revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
Al recordar á don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas,
Ya en inocente pavor,
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía,
Así pensaba y decia
Margarita en su interior:

"¿Con que hay fiestas y banquetes,
"Y nocturnos galanteos,
"Y deliciosos paseos
"De esta pared mas allá?
"Con que esta toca de lana
"Cambiada en perlas y flores
"Hará mis gracias mayores
"Y mas hermosa me hará?

"¿Con que aquellas relaciones
"De encantos que yo leia,
"Y que apenas comprendia
"Ni comprendo ciertas son?
"De aquellas magas fantásticas,
"De aquellos bravos guerreros
"Y gentiles caballeros
"La historia no es ilusion?

"Y se encuentran y combaten
"Por bizarras hermosuras
"Y corren mil aventuras
"Por agradecerlas mejor;
"Y ellas viven en palacios,
"Y vagan por sus jardines,
"Y celebran con festines
"La ventura de su amor.

"¡Oh! ¿que ese hombre me lo ha dicho
"Sí; sí, negros son mis ojos....
"Y esta toca me da enojos
"Y me hace fea tal vez....
"El me lo dijo ¡lisonja!
"Mas probemos, me la arranco;
"¡Oh, como el armiño blanco
"Mi pecho!.... blanca mi tez!

"Blancos mis brazos redondos,
"Mis mutilados cabellos
"Son de azabache.... y en ellos
"Puesta aunque mal esta flor!....
"Cuán bien me va.... ¡oh! soy hermosa...
"Y encerrada me consumo,
"Y se pierden como el humo
"Mis dias de mas valor."

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad;
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores,
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

Y desde esta triste noche
Cabizbaja y distraida
Sintió su fé decaida,
Estéril su religion,
Y allá muy lejos del claustro
Perdido su pensamiento,
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
Y don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galán adormecida,
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella
Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica, aun queriendo,
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazón?
¿Y quién los medios esplica
Con que nos sale al encuentro
Un amor, que enciende dentro
El volcan de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatar;
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

Y cayó, que en una noche
Por don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

DON JUAN.

"No hay mas medio Margarita.

MARGARITA.

Mañana, pues.

DON JUAN.

Tanto monta
Un dia antes; estad pronta.

MARGARITA.

¿Con que á las dos?

DON JUAN.

A las dos.

MARGARITA.

Por el huerto.

DON JUAN.

Estaré á punto,
Traeré una escala pequeña
Y al dar las dos me hareis seña.

MARGARITA.

Y haré cuanto os plazca á vos.

DON JUAN.

Pues adios.

MARGARITA.

Idos tranquilo
A dormir, y hasta mañana."
Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando
Su posición meditando
Tal vez con algo de afán.

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha,
"Pues Señor, es cosa hecha:
"Mas me ocurre una cuestion!
"Dineros.... ¡bah! tiene padre
"Dentro su alcoba una arquita
"Que há un año que la maldita
"Me está dando tentacion.

"Con que don Juan, no hay cuidado
"Vendrá Dios y medraremos."
Y asiendo los dos estremos
De la sábana á la par,
Con un movimiento rápido
Se hundió don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora;
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares,
Nunca extraviado perderá la huella
Del mas allá que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos días
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la vírgen inocente,
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente;
Siempre se vé brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice,
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Revienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza,
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira,

Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
"Vuestra madre mirad."—dijo muriendo,
"Esa de mi bondad última prenda;
"Si algun dia verteis sincero llanto,
"Por vosotros pidiendo
"Para salvaros del azar tremendo
"Real protectora os tenderá su manto."
Y á tí, Madre amorosa,
Los tristes ojos con afán volvemos
En la airada tormenta procelosa,
Y en tí esperamos y en tu amor creemos
Y á tí tornados á tus pies caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara
Arrepentido al cabo ¿á quien mostrará
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿quién el comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Si no quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh, dulce Madre, celestial y bella
Feliz mil veces quien á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora,
Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al alzar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela;
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado,
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan

De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco,
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo al ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta,
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos,
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado,
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincón:
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto,
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié;
Do quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo
Remordimiento ni afán:
Y atribulada en su celda,
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de don Juan,

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento,
Mas vago remordimiento

La roía el corazón.
Y recostada en su lecho
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podía
Con la loca tentacion.

De aquellos séres fingidos
Por don Juan, con la presencia
Se amedrentaba en Palencia
Se amedrentaba en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su sencillez.

Mas apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios,
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida
Próxima á tender su vuelo,
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Medía el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.

Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado,
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada,
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave enlonada
Salía desesperada
Sin mas norte que el alzar.
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir;
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay, así estaba escrito!
De oculto sino impelida
De su azarosa partida
La hora precisa llegó.

Llegó, y al fin Margarita
Que oído prestaba atento,
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta,
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

Al corazón se la agolpan
Mil vagos remordimientos
Y vagos presentimientos
De incomprensible pavor;
Y en su creencia sencilla
Del Dios mismo á quien ofende,
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro
Bajó el caracol estrecho
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caía,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

"¿Qué noche! dijo espantada,
"Si habrá don Juan desistido!"
Mas percibiendo ruido
Por las tapias del jardín,
Escuchó sobrecogida,
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas, con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria,
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazón vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;

Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincón olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita que encerrada
Pasó en el claustro su vida,
A dar una despedida
Tornó á su amado rincón;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia,
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazón.

En un altarcillo humilde,
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imagen una,
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina,
Que era imposible pasar
Por delante, sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincón privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientras en el claustro vivió,
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña agobiada
De soledad y fatiga,
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella,
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;

Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponía
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria,
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imagen
Con voz triste y lastimera,
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar.

“Ya ves que al fin es preciso
“Que deje yo tu convento,
“Mas ya sabes que lo siento
“¡Oh Virgen mía! por tí.
“Y puesto que de él sacarte
“No puedo en mi compañía,
“No me abandones, Maria,
“Y no te olvides de mí.

“Ojalá entre mis hermanas
“Hubiera otra Margarita
“Que con tu imagen bendita
“Obrara como ella obró.
“Ojalá esta luz postrera
“Que en esta noche te enciendo,
“Estuviera siempre ardiendo
“Mientras te faltara yo.

“Mas ¡ay! ninguna te quiere
“Como yo, y son mis angustias
“Pensar que estas flores místicas
“A tus piés se quedarán,
“Y se apagará esa vela,
“Se ajarán tus vestiduras,
“Y los que pasan á oscuras
“Tu hermosura no verán.

“Al fin yo parto, Señora;
“Mi confianza en tí sabes,
“En prueba toma esas llaves
“Que conservo en mi poder.
“Guárdalas, otra tornera
“Elige á tu gusto ahora,
“Y el cielo quiera, Señora,
“Que nos volvamos á ver.”

Así Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos
Ante la imagen de hinojos
Los sacros piés la besó.
Y dejándola las llaves
Y encendiendo la bujía,
Traspuo la galería
Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado,
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,

Y solo se oyó tras ella
El rumor del aguacero,
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle,
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente,
Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose
A poco reconocidos
Se abrazaron decididos,
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.
¡Por vida mía! don Juan,
¡Pues cómo en Valladolid?

DON JUAN.
De paso para Madrid.

DON GONZALO.
¡A las fiestas?

DON JUAN.
Todos van.

DON GONZALO.
Mas falta un mes todavía.

DON JUAN.
Paréceme don Gonzalo
Que llegar pronto no es malo:
Ya sabéis que es mi manía:
Do quier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo menos por ir me tomo
Un mes de anticipacion.

DON GONZALO.
¡Y para qué tiempo tanto?

DON JUAN.
Si la funcion sale huera,
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO.
A fé que razon os sobra,
Y á poder irme con vos. . . .

DON JUAN.
¡Teneis que hacer, vive Dios,
Mas que ponerlo por obra?

DON GONZALO.
Y mi tutor ¡qué dirá?

DON JUAN.
¡Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?

DON GONZALO.
Vos pues. . . .
DON JUAN.
La pregunta está
De mas, mas ved que os aviso
Que si os venis á Madrid,
Salir de Valladolid
Dentro de una hora es preciso.

DON GONZALO.
¡Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN.
Por Dios que es grave pretesto!
Jamás dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.

DON GONZALO.
Los medios que usais ignoro.

DON JUAN.
¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco y Laus Deo!

DON GONZALO.
Ya! jacos tengo yo dos,
¡Mas dineros. . . .!

DON JUAN.
¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan
Y echad el otro vos.

DON GONZALO.
Dadlo por hecho.

DON JUAN.
Atended
Don Gonzalo, mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO.
¡Pues qué tiene su merced
Que le estorban los caballos?

DON JUAN.
¡Qué sé yo? tengo una yegua
Que apenas anda una legua. . . .

DON GONZALO.
Se resiente de los callos,
Eh? pero como gustéis,
Decision es lo que importa.

DON JUAN.
Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis
Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO.
Por quién?

DON JUAN.
Por una señora.

DON GONZALO.
¡Hablarais por la noche
Cuerpo de tal!

DON JUAN.

Bien, pues id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos;
Mas no digais donde vamos,
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.

DON GONZALO.

Iré.

DON JUAN.

La hora cabal.

DON GONZALO.

Ya vereis mi rapidez,
Allí estoy fijo á las diez.

DON JUAN.

Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.
Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué don Juan, para habitar
Tomaron cuarto contiguos.
Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno del otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aquí lector por no ser
En demasiado prolijo,
Que te imagines elijo
Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillas tuvieron,
Y el cómo se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y don Gonzalo llegaba
A quien don Juan demandó.

DON JUAN.

¿Qué hay don Gonzalo?

DON GONZALO.

Tomad.

—¿Cuánto?

—Sesenta doblones.

No pude de esos bribones
Conseguir mas caridad.
—¿Bah: don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aquí mas de mil
Para ayuda de la empresa.
—Adelante, pues.

—¿Pues ea!

Mayoral pica el ganado,
Que el viaje será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el transporte,
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, don Gonzalo,
Y don Juan, los tres á una,
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos, cuando
Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.

Y de su oro disipada
La crecidísima suma,
Harto don Juan de la monja
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de sus dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla,
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta,
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan,
Que está la tormenta próxima
A desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!

Don Gonzalo que debiera
Mirar de don Juan la mucha
Generosidad mostrándole
Ciega confianza mútua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le dá parte, y descubre

A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta;
Y en fin, su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque don Juan no se cura,
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas,
Pretextos busca á sus solas
Para afeár su conducta.
Qué es don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:
Discolo, en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa,
Y entre apuestos dos espíritus
Maléficos que la turban,
Margarita el hondo cáliz
De las desdichas apura.
Margarita, que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aire que perfuman
Mil flores, entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus días
En el pesar se sepultan,
Y vé sus mil ilusiones
Que al principio se agrupan,
Del abismo de la nada
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

—¿En dónde están (se decia)
“Los sueños de mi ventura?”
“Aquel país encantado
Que esento estaba de angustias,
“Cuadro espléndido y magnífico
“Con una sola figura,
“Que era ese don Juan que ahora
“Duelos sobre mi acumula!
“¿Por qué le he creído, necia!
“¿Por qué le he creído nunca?
“¿Qué he encontrado yo en sus brazos
“Sino ficción y locura?”

“¿Qué me ha dado en sus caricias
“A beber mas que cicuta?
“¿Qué espero de sus promesas
“Sino que jamas se cumplan?
“Arrastrada entre sus vicios,
“Y entre sus orgías impuras,
“Su amor me devora el alma
“Y él se harta de mi hermosura!
“Sí, por otro amor me deja
“Encerrada en esta oculta
“Mansion, mientras él va ciego
“Tras de quien su amor rehusa.
“Tras esa beldad vendida,
“Que abre á la codicia pública
“Sus gracias para que vaya
“A hozar en ellas la chusma;
“Y cuyos torpes aplausos,
“La envilecen y la ensucian,
“Pues la apellidan á un tiempo
“Celestial y prostituta.
“Ah! los celos me devoran,
“La envidia, el odio, me abruma;
“Yo le amo!... y es imposible
“Que su indiferencia sufra.
“El me sedujo; él mis ojos
“Abrió á la luz de la culpa;
“Yo era una pobre inocente,
“Mi alma era cándida y pura,
“Sus palabras me eran dulces
“Como una lejana música,
“Mas ardientes que un volcan
“Y mas que una lanza agudas.
“¿Qué hiciera yo mas que oírse las
“Con idolatría estúpida?
“¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
“A mi sencillez inculta
“Y á mi inocencia del claustro?
“¿Quién amansara la furia
“De este amor y esta conciencia,
“Que para herirme se juntan?”

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque don Juan la abandona
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta,
Y mientras hallaba encantos
Su pasión entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas la lucha
Con su virtud empeñaba
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ansias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazón,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos,
A sus placeres renuncia,